

**IDENTIDAD
FRANCISCANA LATINOAMERICANA
EN EL FUTURO**

**CARACTERISTICAS
DE UNA SOCIEDAD INCULTURADA**

¿QUE ES ITINERANCIA?

**CUADERNOS
FRANCISCANOS**

26/1992 – ENERO/MARZO – N° 97

PRESENCIA TESTIMONIAL Y ACTITUD DIALOGANTE: CARACTERÍSTICAS DE SOLIDARIDAD INCULTURADA

Jesús de la Torre, ofm cap.

En el encuentro con otra cultura, donde hay signos de vida y amenazas de muerte, la solidaridad es la actitud primera y básica que debe ser tomada. Solidaridad que alcanza su máxima densidad y profundidad cuando asume de cerca la causa de estas personas marginadas, cuando vive con ellas y como ellas, como afirma el documento de Puebla.

Tal proceso de solidaridad inculturada, si quiere ser auténtico, respetuoso, enriquecedor, fecundo, y dentro de la libertad evangélica, debe conllevar tanto una presencia testimonial como una actitud de diálogo, es decir, de mutuo respeto y enriquecimiento. Estas cuestiones relevantes aparecen ya en los documentos de los encuentros indigenistas. Comencemos por recoger los aportes de estos documentos.

DATOS DE LOS ENCUENTROS INDIGENISTAS

Según el Vaticano II la adaptación es la "ley de toda evangelización". El encuentro misionero indigenista de Melgar (Colombia) en 1968 supera la visión integracionista y postula una adaptación. Allí se señala que "estar atentos a la vida de los hombres, al dinamismo de su historia personal y colectiva, a respetar los valores culturales y religiosos de los pueblos a los que llega la acción misionera, no es únicamente cuestión de adaptación pastoral; es ante todo tratar de descubrir la forma como Cristo está realizando ya el plan de salvación que engloba a todos los hombres". Así uno de los tres principios de sus orientaciones pastorales es el "respeto y promoción de las diversas culturas entre las cuales la Iglesia realiza su misión".

Aunque no se puede negar el carácter etnocentrista de Melgar, éste ya percibe que el encuentro de las comunidades indígenas con la cultura occidental va a ser inevitable, por eso alerta afortunadamente a los indígenas a que estén preparados "pedagógicamente para que dicho impacto no los desintegre, sino que al contrario, los ayude a evolucionar positivamente".

Los datos de la encuesta previa a Melgar muestran claramente que la mayoría de los misioneros carecen de una formación humana, científica y teológica que tal convivencia con un pueblo indígena requiere. Por ello, una de las opciones pastorales allí tomadas fue la formación de los futuros misioneros antes de incardinarse en las comunidades indígenas, y el 'aggiornamento' de los que ya están conviviendo con los indígenas.

En el encuentro de Pastoral de Misiones realizado en 1971 en Iquitos (Perú), la adaptación parece insuficiente y se indica que el camino y lenguaje más apropiado es el de la encarnación, el de la solidaridad. Es la gran novedad, comparándolo con el documento de Melgar. La Iglesia debe solidarizarse con los indígenas, "solidaridad que implica: compromiso de máxima comprensión, respeto y aceptación de las culturas autóctonas".

Al mismo tiempo señala el motivo cristológico de la inculturación cuando dice que "los misioneros deben insertarse en todos los grupos con el mismo afecto con que Cristo se unió, por su encarnación, a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió".

En tal encuentro se indicó que la Iglesia debía concientizar al indígena de su situación,

para que él mismo se convierta en sujeto de su propia liberación.

Para asesorar la coordinación de la pastoral y dirigir la formación de los misioneros –siguiendo la opción de Melgar– se crea un equipo de expertos en las diversas ciencias.

El encuentro de 1972 en Asunción recoge el principio paulino de que debemos “hacernos judíos con los judíos, sin ley con los sin ley”. Al mismo tiempo indica que la Iglesia entre los indígenas debe abandonar todo tipo de dominación, y que muy al contrario ha de solidarizarse con ellos y apoyar sus organizaciones.

Entre las líneas de acción apuntadas en 1975 en Goiania (Brasil) hay dos importantes. Una es la de encarnación: “Siguiendo los pasos de Cristo, optar seriamente, como personas y como Iglesia, por una encarnación realista y comprometida con la vida de los pueblos indígenas, conviviendo con ellos, investigando, descubriendo y valorizando, adoptando su cultura y asumiendo su causa, con todas sus consecuencias; superando las formas de etnocentrismo y colonialismo hasta el punto de ser aceptados como uno de ellos”, y la otra línea de acción, más importante aún, es la concientizadora: “Asumir como nuestra tarea principal el trabajar en una concientización sistemática” de la Iglesia, de los indígenas y de la sociedad dominante. Para cada grupo de destinatarios se establecen unos objetivos y estrategias diferentes.

Una de las opciones básicas que aparecen en el primer encuentro panamazónico de Pastoral Indigenista celebrado en 1977 en Manaus (Brasil), es la “opción por la encarnación en el mundo indígena con su cultura, estructuras y valores”. Y se pide a la Iglesia que, incluso sin ocultar los errores históricos que cometió, “se haga presente en los pueblos indígenas, respete la identidad de los mismos, asuma sus culturas y camine con ellos, compartiendo sus luchas y esperanzas, en comunión de destino”. Se vuelve a subrayar la tarea concientizadora.

En el encuentro ecuménico panamazónico de Manaus en 1980, se afirma que la evangelización es “también una presencia fraterna que se traduce en un compromiso de encarnación y de liberación”. Y entre los criterios y actitudes a seguir se señalan “la opción previa y clara de parte de los misioneros por los pue-

blos indígenas”. Además, el conocimiento profundo, el respeto y la valorización de sus culturas y sus manifestaciones (incluidas las religiosas); la solidaridad con las luchas indígenas; el estimular y apoyar las organizaciones entre los pueblos indígenas; la “presencia misionera, despojada y pobre, en una actitud de aprendizaje humilde y al mismo tiempo científico”.

Con vistas a afianzar y devolver a los pueblos indígenas su conciencia étnica se indica como propuesta concreta “favorecer una educación bilingüe e intercultural, a partir de la realidad de cada pueblo”.

Igualmente promover la creación de publicaciones y emisoras de radio indígenas como instrumento para valorizar sus culturas y lenguas.

En la primera consulta ecuménica de Pastoral Indigenista celebrada en 1983 en Brasilia, se preocuparon de organizar la esperanza, es decir, de organizar y consolidar fundamentalmente los movimientos indígenas, así como de establecer alianzas con otros sectores postergados por la sociedad occidental dominante (sindicatos de campesinos y trabajadores). Se remarca que el sujeto creador y realizador del proyecto indígena es el mismo indígena, y que “la Iglesia, la pastoral, los intelectuales y científicos sólo juegan un rol de apoyo y acompañamiento”.

La evangelización no es una imposición, sino que ha de darse en un clima de diálogo, de encuentro. Por eso “la evangelización no da derecho a intervenir en el proceso de las comunidades, a destruir su sagrada visión del mundo, sino a escucharlas, respetarlas, acompañarlas con la misma actitud salvadora de Jesús, que se hizo solidario en plenitud con la condición humana”. Exige al mismo tiempo conversión permanente de los interlocutores y de la Iglesia para ir abandonando sus ídolos y sus falsas imágenes de Dios, del mundo y de los demás.

En la declaración final de la segunda consulta ecuménica de Pastoral Indigenista celebrada en 1986, en Quito, se dice que “la misión evangelizadora y civilizadora ha pretendido cristianizar al indio pero, junto con ello, ha conducido a los pueblos a la desvalorización de sus propias expresiones culturales y religiosas y a la imposición eurocentrista”.

Igualmente se reconoce que desde el inicio del encuentro de la Iglesia con los in-

dígenas, sólo un pequeño grupo de la misma ha estado al lado de los indígenas (Montesinos, Bartolomé de Las Casas). Situación que poco ha variado actualmente, si nos atenemos a las palabras de Joaquín García, que participó en dicho encuentro de Quito.

La mayor exigencia hecha allí a las iglesias se resume en estas palabras: que "reconozcan y respeten el derecho de los pueblos indígenas y el de la mujer indígena doblemente explotada, a vivir y expresar su historia y lucha liberadora mediante su capacidad organizativa, su religión y su cultura, perseguidas hasta hoy y que denunciamos, procurando la puesta en práctica de una libertad religiosa real, desde un diálogo ecuménico auténtico". Los agentes de pastoral tomaron en tal encuentro ecuatoriano el compromiso de solidarizarse con los indígenas y de apoyar la autodeterminación indígena. Los teólogos a eso añadieron que iban a programar encuentros para recoger la sabiduría de los pueblos indígenas.

En octubre de ese mismo año de 1986, Quito volvió a ser sede de un acontecimiento indigenista. Esta vez se efectuó el segundo Curso Ecuménico de Pastoral Indigenista Latinoamericano. El fenómeno de los indígenas que son agentes de pastoral fue expuesto allí con tanto realismo y crudeza por ellos mismos, que, comparándolo con las exposiciones de los documentos indigenistas anteriores, resulta novedoso. "Somos el producto de la Iglesia, el más claro y trágico ejemplo de la acción dominadora y desintegradora de la Iglesia. Nosotros, indígenas agentes de pastoral, no sabemos en el fondo quiénes somos: ¿Pueblo o Iglesia? No tenemos personalidad propia (...). Nos quitaron nuestra madre para darnos otra, pero lo cierto es que nos quedamos sin madre alguna". Afirman que pueden servir de nexo entre los pueblos indígenas y la Iglesia, pero que no habrá diálogo si de antemano no se respeta su propia identidad indígena y la de su pueblo.

REFLEXIONES TEOLOGICAS

A través del análisis de los documentos indigenistas se constata que el otro, el diferente, no es aceptado ni respetado. Por eso la reflexión teológica se centrará en el Dios que se revela como alteridad y dialoga con su pueblo. Además, el proceso de solidaridad incul-

turada ha de ser iluminado a la luz de Jesucristo, que es nuestro modelo a seguir.

Dios se autorrealiza en la alteridad

Dios, que actúa y se revela en la historia como Dios de vida, no es otro que el Dios que realiza la vida en plenitud.

"Las tres personas divinas son originalmente simultáneas y co-existen eternamente en comunión e interpenetración. Cada una es distinta de la otra por sus propias características personales y por las relaciones de comunión propias que desde siempre establece con las otras, revelándose a sí misma y revelando unas a las otras". Así la diversidad en comunión constituye la realidad fuente en Dios. La unidad sólo puede ser la unión de esta diversidad personal. Así el proceso de autorrealización, es poder cada Persona realizar a las otras personas. O mejor aún, la característica de cada Persona consiste en ser: para la otra, por la otra, con la otra y en la otra.

Las tres Personas diferentes e irreductibles se encuentran siempre y eternamente en comunión, en koinonía. La diferencia no significará nunca la oposición ni la irreductible separación entre los mismos. Es en la diversidad que se da la comunión y la reciprocidad enriquecedora. Por eso a partir de la revelación, principalmente la del Nuevo Testamento, hay que acoger las diferencias como diferencias y proyectar una visión de Dios y del universo como realidades abiertas y en proceso vital. La unidad no significará la negación de las diferencias ni la reducción de ellas al uno, sino que expresará la comunión y la interpenetración de todas ellas entre sí. La grandeza y riqueza de la comunión trinitaria reside justamente en ser la comunión entre tres Personas diferentes, en acoger la diferencia como medio de construir la unidad.

Comprender la persona humana como "imagen y semejanza de la Trinidad implica dimensionarla siempre para el relacionamiento abierto para con los otros; y sólo estando en los otros, entendiéndose a partir de los otros y siendo a través de los otros, es como se construye la identificación".

Así la comunión de tres Personas diferentes nos lleva a una actitud crítica frente a la persona, la comunidad, la sociedad y la Iglesia. En nuestra cultura occidental dominante predominó el individualismo y el uniformis-

mo, siendo consideradas las diferencias como patologías y desvíos del único patrón aceptado como válido, y por eso o son eliminadas, o en el mejor de los casos mal toleradas. La visión que se ha tenido de Dios como unidad ha apoyado ese tipo de sociedad y al mismo tiempo ésta ha proyectado sobre Dios su propia distorsión que nada tiene que ver con el Dios Trino revelado en Jesucristo.

Pero Dios se convierte para la humanidad, y sobre todo para los seguidores de Jesucristo, en fuente de inspiración, en utopía dinamizadora. En la Trinidad no hay dominación a partir de uno de los integrantes, sino la convergencia de los Tres en una recíproca donación y aceptación. Ninguno entre ellos es anterior o posterior al otro, ni mayor ni menor, sino radicalmente diferentes. Por eso una sociedad que se deja inspirar por la comunión trinitaria no puede tolerar las clases, las dominaciones a partir de un poder que somete y margina a los otros diferentes.

Por su propia dinámica interna Dios se difunde para afuera creando otros diferentes para que acojan su amor comunicativo y vivan como él, que es la mejor comunidad.

Dios dialoga y respeta la alteridad

Dios-Trinidad como Ex-istente que es, quiere comunicarse fuera de sí en los ex-istentes. Este Dios vivo comunica la vida fuera de sí; vida que comporta siempre respeto, alteridad y libertad. Así, es este mismo Dios-comunión quien en la alteridad dialoga con su pueblo, quien toma la iniciativa en ese diálogo de amor, y quien ofrece al hombre el don de participar de su vida divina.

A partir de la historia de la revelación de la salvación se pueden indicar algunos hitos importantes de ese diálogo de amor entre Dios y su pueblo: Abraham, Moisés, jueces, profetas... y Jesús. En ese diálogo continuo de Dios con su pueblo se perciben algunas características que son importantes y merece la pena subrayarlas.

La iniciativa en el diálogo salvífico siempre parte de Dios. Es él quien primeramente quiso amarnos de modo gratuito y sin merecimiento por nuestra parte. Y por su amor hacia nosotros envió a su Hijo para hacerse uno como nosotros.

El diálogo de salvación no obligó ni obliga a nadie a responder positivamente. Dios deja que cada hombre libremente acepte o rechace su propuesta. Cada uno es responsable de sus decisiones y actos, dentro de una comunidad que es responsable de los éxitos y fracasos sociales. Dios no coacciona ni obliga por la fuerza, sino que respeta la alteridad del hombre, incluso cuando éste no acoge la propuesta divina. El hombre es un ser abierto que está llamado a abrirse a los otros.

Dicho diálogo se dirige en definitiva a todos los hombres, y no sólo a un pequeño grupo.

El diálogo de la revelación de la salvación es un proceso donde Dios poco a poco se fue revelando conforme a la situación y cultura de los destinatarios. Proceso que culminó en la persona de Jesucristo. Esto se llama la pedagogía divina.

Si se profundiza en el diálogo de Dios Padre con los hombres, y particularmente con su pueblo escogido al cual se reveló, es para que los cristianos comprendan mejor cómo ha de ser su diálogo con otras culturas, bajo qué coordenadas se deben establecer las relaciones con los hombres de cualquier etnia o cultura.

Jesús, modelo de solidaridad inculturada y de presencia testimonial y dialogante

Dios quiso entrar plenamente en la historia humana asumiendo la naturaleza humana en Jesús de Nazaret. Se convirtió en modelo de inculturación, de solidaridad inculturada y de una auténtica presencia testimonial y dialogante. A partir de ahí es como se podrá reflexionar sobre la relación de la inculturación con la salvación, de la solidaridad inculturada con la liberación.

El judío Jesús de Nazaret en su época

La vida y proyecto de Jesús no son algo abstracto, sino que se encarnan históricamente en relación dialéctica con el conjunto de condicionamientos y situaciones en que vivió. Así se puede decir: "La encarnación de Jesús, su nacimiento y vida se realizaron en condiciones bien definidas, en el tiempo y en la historia, con genealogía, en una comunidad y cultura determinadas. Jesús asumió radical-

mente toda esa condición humana, histórica y cultural”.

Palestina, en el siglo I de nuestra era, estaba bajo el dominio de los romanos, y éstos estaban resquebrajando el modelo de sociedad judía. La clase rica y el poder religioso judío trabajaban en favor de los intereses de Roma y la clase pobre estaba siendo cada vez más explotada y marginada. El Templo venía a ser la mayor institución de Jerusalén.

Jesús nace en ese momento histórico, “cuando Cirino era gobernador de Siria”, dentro de una familia humana, la de “José, de la casa de David”, radicándose en “una villa de Galilea, llamada Nazaret”.

En la circuncisión recibe un nombre que no era extraño en aquella sociedad. Va a las fiestas de Jerusalén. Trabaja como carpintero. Se entristece, llora, se alegra; camina, bebe y come. Bendice la mesa como era típico de los judíos, observa el culto sabático y reza junto a la comunidad. Al mismo tiempo actúa con libertad frente a la ley y las costumbres religiosas. Reza en lengua materna, el arameo.

Lee los diversos libros del Antiguo Testamento. En el transcurso de su vida va descubriendo lenta y progresivamente su mesianidad. Pasa bastantes años evangelizando únicamente con su presencia testimonial antes de comenzar a predicar públicamente la Buena Nueva del Reino con señales y palabras. Por tanto, fue un hombre judío que asumió la cultura judía. Igualmente dialoga con las personas del pueblo, con los fariseos, con los escribas, y de modo especial con los apóstoles y marginados. Su diferencia con respecto a cualquier hombre está en que él no pecó.

Jesús no sólo nació en la periferia, lejos de los centros de poder, sino que se solidarizó con los marginados de la sociedad y asumió su causa como “el distintivo de su misión”. Los evangelios nos muestran a un Jesús amigo de publicanos, pecadores, leprosos, prostitutas, samaritanos, viudas, niños, ignorantes y gentiles, con los cuales dialoga. Esa opción por los marginados culminó con su muerte, muerte dado a los extraños, esclavos y desestabilizadores del orden político establecido.

Jesús quiere eliminar la pobreza del pobre, todas las diferencias existentes entre los hombres, y todo tipo de dominación y marginación. Quiere establecer la fraternidad y la

igualdad, pero eso sólo será posible en medio de la conflictividad. El justifica su opción y su conducta a partir de la conciencia que posee de su peculiar intimidad que tiene con el Padre, de la dimensión de amor y bondad del Padre y del Reino que él viene a anunciar e inaugurar.

Podemos concluir diciendo que Jesús de Nazaret es para nosotros “el modelo y el camino, porque se metió de lleno en el espesor de la vida humana, porque participó plenamente de nuestra limitada condición, y desde ahí tuvo que afrontar su futuro y su destino, tuvo que asumir sus propias opciones, para orientar su vida de acuerdo con el designio y la voluntad de Dios. He aquí la lección más profunda y más estremecedora que nos presenta la vida, la obra y la muerte de Jesús”.

Solidaridad inculturada y liberación en Jesús

La encarnación del Hijo de Dios que asume la condición humana en Jesús de Nazaret es una encarnación kenótica, es decir, no sólo asume la condición humana, sino sobre todo la condición infrahumana, la condición de los que viven en una situación no humana, los empobrecidos, los marginados, los dominados. Es una encarnación que respeta al hombre y su dignidad, y por eso respeta al que nunca fue respetado, dialogar con quien siempre fue obligado a callar, y establecer una relación de alteridad con quien siempre fue visto y considerado como objeto, como cosa, es la mayor señal de la encarnación que nos revela a un Dios que es alteridad.

Así la razón fundamental de la encarnación no es la eliminación del pecado, sino la solidaridad con todos los seres humanos, hasta la solidaridad y amor preferencial por los empobrecidos y desechados de la historia. Esa encarnación kenótica busca la liberación, es decir, el establecimiento de unas relaciones de hijos para con Dios, de hermanos para con los hombres y de administradores para con la naturaleza, caminando hacia la plenitud escatológica. Encarnación que por lo mismo revela claramente la gravedad del pecado allí donde se encuentra, y muestra cómo no se puede llegar a la resurrección sin pasar por la cruz, por el anonadamiento, por la kénosis, desvelando y criticando así todo triunfalismo cristiano que quiere alcanzar la resurrección sin asumir la inculturación solidaria con la

carne maltrecha de la historia y sin llevar junto a los crucificados de este mundo la pesada cruz de éstos.

Por eso, una encarnación que quiere alcanzar a todos los hombres, toma partido por el marginado, por el crucificado. Así, la encarnación cristiana es básicamente solidaridad con la fragilidad humana hasta la cruz. Es decir, solidaridad que se encarna, que se incultura. No se puede entender la encarnación de Jesús sin la cruz y la resurrección, etapas finales de su vida. Y tampoco se puede entender la muerte y resurrección olvidando que compartió durante unos treinta y tres años el pan y los problemas con su pueblo, sobre todo, con el pueblo pobre y crucificado; y que asumió la cultura judía, es decir, que se inculturó. Si no se puede separar la encarnación de la redención, la "práctica de la misión, si aún queremos pensar en términos de 'encarnación redentora', como encarnación en el camino de la liberación del pueblo". Ello ha de conllevar el respeto, el diálogo y la solidaridad con los no respetados y sin voz de la historia. Es ahí donde la alteridad alcanza su máxima densidad, y donde Jesús mejor aparece como el modelo de toda solidaridad encarnada y de toda presencia dialogante y testimonial.

HACIA UNA NUEVA PRAXIS

La presencia testimonial y dialogante leída a la luz de Dios, el cual respeta y dialoga con el hombre aceptándolo como un otro, como un diferente, que es sujeto de su historia, o mejor, que va construyendo la historia mano a mano con Dios, exige un cambio en la praxis evangelizadora y misionera para con el otro, en este caso el indígena. Praxis que encuentra en Jesucristo su paradigma central, el cual se solidarizó inculturándose.

De ahí que esta nueva praxis se caracterice por una revolución copernicana donde el indígena deja de ser objeto para ser sujeto de su propia liberación, siendo el misionero su mejor amigo y aliado en este proceso de liberación y de diálogo intercultural.

El indígena, sujeto de su historia

Respetar al diferente es dejar que ese otro sea sujeto de su historia. No fue ésta precisa-

mente la actitud tomada para con los amerindígenas. Si los grupos indígenas antes del encuentro con los europeos eran sujetos de su propia historia, con la llegada de éstos, los indígenas pasaron a ser eliminados, esclavizados o, en el mejor de los casos, a depender de aquéllos. Desde entonces los indígenas han sufrido todo tipo de genocidio y etnocidio.

Fueron pocos, incluso dentro de la Iglesia, los que se pusieron de lado de los indígenas y lucharon por su causa. Es el caso de Antonio de Valdivieso, Bartolomé de Las Casas y otros. Incluso éstos, que fueron sus mayores defensores y levantaron su voz contra todo tipo de injusticia y dominación cometidas contra los indígenas, no consiguieron en sus prácticas evangelizadoras erradicar todo asistencialismo y paternalismo.

Hoy se están buscando rumbos diferentes donde desaparezca todo tipo de autoritarismo, paternalismo, asistencialismo, tutela o dominación. Por el contrario, se puede decir que, tanto misioneros como indígenas, están tomando cada vez mayor conciencia del papel que corresponde a cada uno. Al indígena le corresponde ser el protagonista de su propia historia. Son ellos los primeros que se han de empeñar en su propia liberación y en sus propias luchas, pues ellos son y tienen fuerza histórica. A los demás les compete la tarea de solidarizarse, acompañar y caminar junto al indígena, y nunca de suplantarlo.

En definitiva se está buscando la propia autodeterminación, es decir, que se "respete y promueva el derecho de cada pueblo indígena para forjar su historia y valorar su cultura a través de sus organizaciones comunitarias que han surgido a partir de su propia identidad, de tal forma que se conviertan en las instancias de diálogo para toda actividad en relación con las diferentes comunidades". Autodeterminación que, estando amenazados por la cultura occidental dominante, resulta difícil alcanzar. Sin embargo, este obstáculo no puede convertirse en una fuerza de freno, de pasividad o de resignación, sino muy al contrario en fuerza estimulante, que busca conquistar aquella.

Además de ser un derecho, la autodeterminación constituye una condición "sine qua non" para poder mantener su identidad y su proyecto vital. Pues "el grupo étnico que no llega a ser autor de su propio destino será víctima del desarrollo de otros". Negar al in-

dígena esa autodeterminación es encaminarlo, consciente o inconscientemente, hacia su desintegración o aniquilación. Para alcanzar esta autodeterminación, el indígena ha comenzado a organizarse, a organizar su fuerza y esperanza. Se han formado organizaciones indígenas entre los diversos pueblos autóctonos y se han establecido alianzas con sectores de la sociedad occidental envolvente que los apoyan, como la Iglesia, o que padecen una situación de marginación como ellos, negros, muleros y pobres.

Respetando y apoyando al indígena en su protagonismo y autodeterminación histórica, y solidarizándose con él en su lucha por conquistar sus derechos vitales y culturales es la manera como el cristiano, el misionero y la Iglesia se convierten en sacramento de liberación, en señal del Reino, el cual trae una vida en abundancia y la libertad que Cristo nos conquistó.

Presencia testimonial solidaria del misionero

En el proceso de evangelización inculturada y liberadora, el misionero se caracteriza fundamentalmente por evangelizar a partir de una solidaridad que se incultura aproximándose a los indígenas y viviendo como ellos. Inevitablemente el misionero, procedente de otra cultura y de los centros de poder mundial, se vuelve en un agente de cambio. A partir de ahí vamos a indicar algunas actitudes y mediaciones que han de acompañar al misionero en su evangelización. Señalamos aquellas que son más importantes y significativas en el proceso de la nueva praxis evangelizadora y misionera:

- solidarizarse con el indígena, asumiendo su causa. Es la actitud fundamental y básica. Así, podemos decir que la actitud que caracteriza al misionero no es tanto la identificación con los indígenas, sino sobre todo el solidarizarse con ellos en orden a construir juntos el Reino de Dios que exige ser anunciado explícitamente en orden a que se acoja el Evangelio de Jesucristo y nazca una Iglesia con rostro indígena mediante la acción del Espíritu;
- inculturarse, participando de los problemas y luchas de la comunidad indígena, asumiendo su estilo de vida y su destino;

- defender la tierra del indígena como fundamento de su cultura;
- apoyar las organizaciones indígenas;
- ayudar en la capacitación y formación de los líderes indígenas elegidos por la comunidad para que sepan buscar soluciones a los problemas concretos que tengan que enfrentar;
- propiciar una asesoría jurídica que trabaje junto a los indígenas y en favor de ellos y sus derechos;
- en las alianzas con los sectores o instituciones de la sociedad occidental, servir de mediador cuando sea necesario;
- respetar y valorar la alteridad del indígena, su cultura y autodeterminación, eliminando todo tipo de paternalismo, asistencialismo o dominación. Acompañar al indígena en su proyecto cultural no significa suplantarle, sino todo lo contrario: apoyar su protagonismo histórico;
- conocer y valorar la cultura indígena y su cosmovisión;
- aprender la lengua indígena;
- formarse antes de convivir con los indígenas y continuar ese proceso inacabado en el vivir diario con ellos;
- dialogar con el indígena sobre su proyecto cultural, su cosmovisión, su núcleo ético-mítico. Estableciéndose así un intercambio cultural y una búsqueda conjunta de la verdad, y en lo religioso un ecumenismo basado en la libertad religiosa;
- tomar conciencia de que inevitablemente el misionero es agente de cambio. El misionero procede del centro y va a la periferia, es decir, él representa un tipo de cultura, aunque poco a poco se vaya alejando de ella;
- capacitar al indígena para el contacto con la cultura occidental envolvente, ayudándolo en el discernimiento de las posibles ventajas y desventajas;
- concientizar al indígena de su situación, si aún no ha tomado conciencia de ella. Esto implica ir a su ritmo;
- concientizar a la sociedad envolvente y a la Iglesia de la situación y cultura del in-

dígena, utilizando para ello los medios de comunicación;

- denunciar cualquier injusticia o intento de eliminar la vida y cultura del amerindígena;
- fortalecer la inculturación del indígena, su identidad personal y grupal;
- motivar al pueblo indígena para que no pierda su memoria histórica, o para que la recupere si la ha perdido;
- ayudar al indígena a codificar su lengua, historia y cultura;
- vigilar para que la educación indígena no sea destruida por agentes externos, instituciones educativas, gubernamentales y religiosas; al mismo tiempo que pueda conocer y asimilar equilibradamente algunos elementos, conocimientos y técnicas de la cultura occidental en cuanto sean necesarios para el contacto, para no ser dominados ni marginados dentro del país, y en cuanto fortalezcan y favorezcan la identidad y el crecimiento dinámico del grupo;
- evangelizar, prioritariamente con el testimonio, y cuando parezca que es el tiempo oportuno, anunciar explícitamente la Buena Nueva de Jesucristo;
- acompañar al indígena en el discernimiento y revisión de su cultura a la luz del evangelio, para que él mismo señale sus valores y sus antivalores;
- dejarse instruir por los indígenas, sea por los valores que éstos viven, sea por la situación de marginación y dominación en que están;
- una vez que la Buena Nueva del Reino anunciada es acogida libremente, empeñar las máximas energías en el nacimiento y crecimiento de una comunidad eclesial indígena con fisonomía o rostro propio por la fuerza del Espíritu;
- programar la pastoral y evangelización indígena. No se puede improvisar, ni esperar todo de la espontaneidad, ni actuar aisladamente.

El encuentro de la cultura indígena con otra cultura diferente, la occidental, se realiza a través de varios caminos. De modo violento, se realiza por invasores que quieren apoderarse de las riquezas naturales de los indígenas o de sus tierras. De modo más o menos pacífico, pero no por ello menos destructivo, se realiza generalmente por las instituciones gubernamentales, sobre todo a través de sus programas educativos. Los medios de comunicación, principalmente radio y televisión, son armas sofisticadas y de gran alcance, a través de las cuales los indígenas introyectan la mentalidad occidental. Los blancos, los criollos o mestizos que trabajan cerca de las comunidades indígenas junto a los que realizan trabajos de etnografía o antropología se convierten también en otra vía a través de la cual el indígena tiene acceso a la cultura occidental. De entre todos los caminos de acceso posibles, quien asuma la causa del indígena de cerca, es decir, se inculture, se convertirá en la mediación privilegiada. De ahí la exigencia de que el misionero se inculture.

Este encuentro entre esas dos culturas que se llama transculturación y aculturación¹, no se efectúa de modo equitativo, sino que normalmente se lleva a cabo de modo desequilibrado, siendo la cultura dominante quien lleva más ventajas. El grado máximo de ese desequilibrio es la desintegración cultural (etnocidio), que comienza con contactos continuados de dominación.

El misionero puede ser un gran aliado del indígena en ese proceso, acompañándolo, orientándolo y capacitándolo en ese encuentro entre culturas.

El misionero y el indígena, sobre todo los ancianos y sabios, en un encuentro abierto y sincero, pueden mostrar mejor el uno al otro sus cosmovisiones diferentes, sus valores, sus técnicas, sus recursos y sus conocimientos. Al mismo tiempo, ambos dan y reciben. Este encuentro ayudará a no absolutizar ninguna

¹ Cuando dos civilizaciones se encuentran, ambas se compenetran mutuamente. El proceso de compenetración y de mutua adaptación se llama en la cultura más fuerte: transculturación, y en la más débil: aculturación. Esta se aculturiza, mientras la más desarrollada se transculturiza.

cultura ni a considerarla como perfecta y a ver cómo cada cultura necesita de las otras. Se da así una reciprocidad fecunda.

En este ámbito de respeto, apoyo y valoración de la alteridad indígena, así como de su cultura, es importante hacer una mención especial al aspecto religioso. La libertad y el diálogo son el único terreno donde puede nacer la fe, además de ser derecho de toda persona humana. Por eso, “la cuestión indígena debe ser mucho más enfocada a partir del diálogo religioso que a partir del imperativo misionero convencional”. Si se busca el diálogo ecuménico, el diálogo con otras religiones

no cristianas, incluso el diálogo con los ateos, ¿por qué no actuar para con las religiones amerindígenas del mismo modo?, ¿qué razones justifican esta práctica diferente?, ¿es acaso una simple cuestión de eficacia o de números, pues los grupos indígenas suelen estar formados de una población bastante reducida?

En ese diálogo intercultural surgen también impases, tentaciones, peligros y riesgos, los cuales sólo se superarán en un diálogo abierto y sincero no ausente de tensiones y de continua revisión y autocrítica. Todo esto irá haciendo crecer a las personas y al grupo.

(de ITER 2 (1991) 51-70)

